

ENCUENTROS

«VII Encuentro Internacional de Jóvenes Investigadoras e Investigadores en Historia Contemporánea»*

Sergio Cañas Díez

Univ. de La Rioja-Instituto de Estudios Riojanos

En la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada tuvo lugar, durante los días cinco, seis y siete de septiembre de 2019, el VII Encuentro Internacional de Jóvenes Investigadoras e Investigadores en Historia Contemporánea. Una iniciativa nacida en 2007 bajo el amparo de la Asociación de Historia Contemporánea, que recogió el testigo de su última celebración en Zaragoza y que también tuvo un marcado sentido local por cuanto Granada fue la sede de los II Encuentros entre el veintidós y el veinticinco de septiembre de 2009.

El encuentro se articuló en torno a diecinueve mesas-talleres, tres scriptorias, dos mesas redondas y una conferencia. Además, como en otros eventos de esta envergadura, también la organización brindó a los asistentes y participantes la posibilidad de realizar una visita a los lugares relacionados con la Guerra Civil y el primer franquismo, guiada magistralmente por el profesor Claudio Hernández Burgos. Lógicamente, el hecho de plantear unas jornadas de trabajo tan ambiciosas, que contó

* «VII Encuentro de jóvenes investigadoras e investigadores en Historia Contemporánea, Universidad de Granada, 5-7 de septiembre de 2019.



con la presentación de más de doscientas cuarenta comunicaciones de distintos investigadores que trabajan en universidades de España, Italia, Francia, Alemania, Colombia, Venezuela, México, Chile y Argentina, hizo que no nos fuera posible acudir a todas las iniciativas por cuanto las mesas-talleres tenían una celebración simultánea. Mucho menos leer todas las comunicaciones ya que sobre todo consultamos las que tienen relación con nuestras propias líneas de trabajo e intereses intelectuales prima-

rios, y privilegamos las pertenecientes a la mesa-taller que tuvimos oportunidad de coordinar. Para paliar en la medida de lo posible esta laguna de cara a redactar este texto que tiene un enfoque global, se ha contado con la inestimable ayuda de otros colegas como Antonio Segovia Ganivet, a la sazón coorganizador del encuentro, de Víctor Aparicio Rodríguez, coordinador de la Mesa-taller 6, y de David Mota, Carlos Benítez y Lisandro Cañón, a la sazón coordinadores de la Mesa-taller 2, con quienes pudimos intercambiar impresiones durante esos intensos días y comentar, de descanso en descanso, el desarrollo de los encuentros para informarnos de las comunicaciones que no pudimos escuchar ni leer.

Precisamente es por el primer caso por el que podemos dar relación del contenido de la conferencia inaugural impartida por el profesor Giovanni Levi, padre de la corriente historiográfica de la microhistoria junto a Carlo Ginzburg, titulada «Microhistoria e historia global. Cuestiones de método y de política». En ella apuntó una serie de tesis muy interesantes sobre la relación histórica dada en el siglo XX entre la Iglesia católica y el poder político. A saber: que, en general, en los países católicos se produjeron una dualidad de poderes ya que no existen jerarquías entre poder político y religioso dado que el segundo tiene autonomía y superioridad moral sobre el primero; que por el contrario en los países protestantes se produce una sacralización del poder político al pensar a Dios como origen del poder político; y que por ende cabe preguntarse cómo han afectado estas teorías en la historia dado que casi todos los países católicos han sufrido varias décadas de dictaduras en el siglo XX.

En cuanto a las mesas-talleres aceptados por la organización, las temáticas fueron varias y variadas como su propio nombre indica a pesar de tener todas en común

su vinculación con la contemporaneidad en un sentido amplio: España-Norte de África, nuevos enfoques y tendencias; Terrorismo, violencia y memoria en el mundo contemporánea (ss. XIX-XXI); A vueltas con el pasado. Prácticas y discurso en la historiografía contemporánea; Cambios y continuidades de la política exterior española (1953-1988): entre el autoritarismo y la democracia; Una historia de las relaciones de género e historia de las mujeres para el siglo XXI: teoría, fuentes, historiografía y metodologías; La sociedad civil ante la violencia política: del apoyo al rechazo (1945-2001); Los imperios contraatacan. Dimensión cultural y actitudes imperiales (1763-1945); Didáctica de la historia: crítica, memoria y ciudadanía; Viejos caminos, nuevas rutas. Espacios, redes y transferencias en un mundo globalizado (1800-1950); La cultura desde el poder. Políticas culturales en la España contemporánea; Viejas y nuevas colonizaciones. Procesos de agresión y resistencia en el mundo contemporáneo; Historia rural, historia urbana: espacios de encuentro y desencuentro; Espacios de diferencia, identidades subalternas y sociabilidades alternativas en el mundo urbano contemporáneo; Las vías hacia las transiciones democráticas: el cuestionamiento del modo euro-céntrico (1974-2014); Nuevas narrativas contemporáneas sobre la historia: cine, televisión y videojuegos; Hacia una escuela hispanoamericana de los estudios de la guerra: el mundo militar y de la guerra desde el siglo XVIII a la actualidad; Políticas y prácticas de ocio en el siglo XX. Continuidades, rupturas e impacto sobre la vida social y cultural; Historia de las ideas e ideas acerca de la Historia, y El género mediatizado: la producción de ideologías de género en los medios de comunicación audiovisuales en el mundo contemporáneo.

La primera mesa a la que asistimos fue

la décima, dedicada al estudio de la cultura contemporánea vista desde el poder y al análisis de las políticas culturales de la España contemporánea. Allí diferentes colegas expusieron trabajos que versaban sobre el estudio del fascismo en perspectiva comparada, tema importante por cuanto aunque la verdadera naturaleza de esa ideología es nacional su implantación histórica fue internacional. También se dedicó una comunicación al estudio de la Iglesia por ser un agente cultural a escala continental, y que cuantitativamente hablando fue importante para la industria cultural decimonónica española ya que la mitad de la producción nacional del papel se usó para imprimir catecismos y panfletos religiosos. Una cuestión especialmente sensible en algunas regiones como Cataluña, dado que algunos de los autores católicos más exitosos eran catalanes, como el caso del padre Claret, y en torno a una cuarta parte de los seminaristas españoles eran catalanes. Otros estudios incidieron en la necesidad de ver la historia intelectual (o la historia de los intelectuales) como una renovación de la historia cultural, así como de profundizar en su estudio ya que su importancia cuantitativa y cualitativa es alta para conocer la historia de España desde la crisis de 1898 hasta la II República, pasando por la Primera Guerra Mundial, que son correspondientemente sus periodos de origen, desarrollo y auge.

Mención aparte merece el estudio de los Institutos para obreros creados tras el triunfo del Frente Popular en 1936, como parte del estudio práctico de la política cultural republicana. Su objetivo fue llevar la educación a lugares y personas que estructuralmente estaban marginadas en lo tocante al acceso a una educación científica y laica, en la misma línea de la pedagogía progresista española y del anarcosindicalismo patrio. Aunque el proyecto general incluía

tener un centro en cada capital provincial, finalmente la propia idiosincrasia de la guerra civil del 36 hizo que solo se crease un centro en Madrid que posteriormente se movió junto al gobierno republicano hasta Valencia, y que en el fondo sentó las bases para que surgiesen otros institutos obreros en Sabadell y Barcelona, por ser las zonas donde en esos momentos no llegaban las trincheras. Los alumnos que recibían la beca para entrar en estos centros educativos públicos eran preparados para cursar el bachillerato y que pudieran acceder a continuación a los estudios superiores. Para poder hacerlo todos debían superar una serie de pruebas que evaluaban las aptitudes y habilidades de los jóvenes, de cara a que obreros y estudiantes tuvieran las mismas oportunidades de estudiar y no basar el acceso en el aprobado de una serie de exámenes que favoreciesen a los segundos. En el fondo se trataba de una auténtica escuela funcionarial para crear unos cuadros nuevos, no provenientes de la burguesía, para el servicio del régimen republicano. Tal es así que los alumnos recibían un sueldo por estudiar a modo de beca, de cara a que nadie tuviera que dejar de estudiar por razones laborales y pudieran contribuir al mantenimiento de sus familias. Se trataba de una iniciativa feminista y mixta por cuanto hombres y mujeres convivían juntos, desempeñaban las mismas funciones y tenían los mismos derechos y deberes.

Otras de las comunicaciones que despertó nuestro interés fue el estudio del teatro antifascista andaluz. Un estudio de caso cuyas conclusiones pueden ser extendidas al resto del país. Se trató de una suma de iniciativas particulares que en todo momento tuvieron que lidiar con la censura franquista cuyo marco legal era la Ley de Prensa e Imprenta de 1966, que en general querían representar en público obras que trataran la Guerra Civil con un discurso alejado del

que era propio durante la dictadura e incidiera en el eje de vencedores y vencidos. En ese sentido se contrapuso al teatro popular y convencional de la época ya que su afán era antes criticar que entretener, como lo demuestra que su lenguaje fuese más alegórico y oscuro como corresponde a un producto hecho por y para la vanguardia intelectual antifranquista. Por ejemplo representando obras sobre el Medioevo donde los personajes eran el pueblo, la Iglesia y el Ejército que acababan uniéndose y levantándose contra la tiranía de un rey que simbolizaba al propio Franco. Este nuevo teatro independiente anteponía el mensaje al vestuario y la escenografía, y no era infrecuente que tras las representaciones hechas normalmente en parroquias se diera paso a coloquios políticos donde se criticaba la propia dictadura. Por ello era vigilado de cerca y muchas veces sus promotores eran multados y algunas obras censuradas antes de que pudieran representarse. En ese sentido también se demuestra que el aparato censor de la dictadura era un tanto caprichoso y arbitrario en función del nivel intelectual y de la sensibilidad artística del censor de turno, pues en ocasiones se permitía representar obras donde la crítica hacia el *status quo* de la España de finales de los años 60 e inicios de los 70 era más evidente que en otras que sí que fueron censuradas.

La segunda mesa a la que asistimos fue la dedicada a los espacios de diferencia, identidades subalternas y sociabilidad alternativa. Una mesa muy concurrida en cuanto al público asistente en comparación con la anterior, organizada en torno a un debate continuo y directo entre todos los participantes, fueran comunicantes o no, si bien privilegiando, lógicamente, a los primeros. Sus hábiles organizadores lanzaron una serie de preguntas relacionadas con la necesidad o hartura de trazar mapas

y realizar análisis puramente espaciales de cara al estudio de la historia de la cultura urbana. Las posibilidades defendidas y debatidas fueron básicamente seis: es mejor escapar de los mapas para soltarse del anclaje geográfico, que no es sino una mera premisa para la propia investigación. Una cuestión ya dada; es necesario vincular el estudio a la representación gráfica porque muchas veces es la conclusión a la que se llega tras el estudio de documentación; sí que es importante pero no imprescindible por cuanto los planos oficiales deben y pueden ser superados por los planos imaginarios, es decir, el paisaje subjetivo de los protagonistas históricos que puede compararse con el paisaje objetivo; no es determinante para el estudio aunque sí un recurso pedagógico útil, y por último, sí que es totalmente aprovechable para asentar determinados enfoques y trabajos, ya que acompaña la explicación y el análisis empírico. En ese sentido también se dieron, tras exponer la vinculación del mapa con los diferentes trabajos presentados en la mesa-taller, algunas pautas para producir nuevos enfoques como la necesidad de repensar y actualizar la crítica del marxismo clásico ante la innovación postmoderna que opera en la distinción radical entre idea/materia, procurar mayor interdisciplinariedad en los estudios históricos, realizar estudios comparativos de casos para favorecer las síntesis generales y tratar de dar respuesta desde la Historia a los problemas que plantean otras ramas del conocimiento científico en lugar de tomar siempre, como norma, los aportes de otras disciplinas para explicar la propia historia.

En tercer lugar merece la pena dedicarle unas líneas a la primera mesa redonda organizada con investigadores ya consolidados. En lo que fue la primera de estas conferencias autores como Javier Rodrigo, Mercedes Yusta y Jesús Izquierdo, dieron respuesta a

la pregunta planteada por la propia organización: «Historia Contemporánea: ¿de dónde venimos y hacia dónde vamos?»

Para J. Izquierdo fundamentalmente vemos de una historiografía muy cerrada y ensimismada en sí misma que afronta un futuro marcado por el desafío de abrirse a la sociedad, si bien se trata de una problemática que ya la Historia Pública trata de resolver. Normalmente se ha hecho una historia obsesionada por el dato en aras de hacer ciencia histórica, pero por el camino se ha perdido el relato que ha sido ocupado por agentes ajenos a la academia. Eso es lo que, a su juicio, ha hecho que la historiografía se cierre en sí misma. Por otro lado, también subrayó que los historiadores deberían acercarse más a la filosofía de la historia, y que muchas veces se critica excesivamente la memoria por su inestabilidad como recurso y fuente histórica sin darse cuenta de que la propia historia (que no es memoria) también es inestable. En ese sentido no se trata de hacer memoria sino historia, pero sabiendo que la memoria también genera relatos plurales y diversos, como la historia, y en eso también «gana» a la historia académica porque llega al gran público.

En el caso de M. Yusta, su conferencia giró en torno a una paradoja actual: a medida que la demanda de Historia es más alta, la crisis de la Historia producida por su falta de legitimidad es mayor como si de una relación directamente proporcional se tratara. Eso es la causa, a su parecer, de que las lagunas intelectuales de la sociedad hayan sido cubiertas desde fuera de la Academia. Con todo no se trata de una circunstancias de rabiosa actualidad, por cuanto proviene de finales del siglo XX cuando se aventuró a diagnosticar el famoso «fin de la Historia» por parte del postmodernismo. En una tesitura ligada con la consabida crisis de los grandes relatos, las escuelas historiográficas y el estructuralismo. Si bien no todo ha

sido negativo para el oficio del historiador ya que con el cambio de paradigma ha encontrado formas de superarse, como ocurre, por ejemplo, con la historia social y la historiografía marxista que tradicionalmente marginaba sujetos históricos diferentes del proletariado (las mujeres, por ejemplo) y pasó por alto la realidad postcolonial y el hecho racial. Una realidad ésta última que si bien todavía es nueva para el caso español está en medio del foco historiográfico en Francia donde el tema del postcolonialismo es crucial y generador de intenso debate y mucha polémica. Por un lado porque se contraponen la historia nacional con la historia global en función de la ideología (o sensibilidad ideológica) que está detrás del trabajo, y por otro lado porque hay quien defiende una explicación colectiva de las mujeres, los emigrantes, etc., contra quienes mantienen la explicación inter-seccional: los sujetos tienen distintas identidades, algunas de las cuales a veces también devienen en relación de dominación. En un ambiente dominado por una radicalización de la corrección política en detrimento del conocimiento, incluso se ha prohibido usar el concepto de «raza» como constructo de identidad para estudiar la racionalidad de los sujetos y se ha llegado a prohibir hacer estadísticas de procedencia étnica con fines puramente académicos.

Por su parte J. Rodrigo versó su turno en una explicación del sistema académico actual donde al historiador se le exigen publicaciones en revista internacionales para medir su validez profesional, aunque esos trabajos muchas veces lleguen a muy pocas manos. En ese sentido, la historiografía ha perdido la partida para construir un relato público porque el público desconoce los resultados del trabajo que realizan los historiadores en general. Ese déficit se ha cubierto actualmente por la ficción de las producciones audiovisuales y por los vi-

deojuegos. Con todo, Rodrigo en ningún momento apostó por un discurso derrotista, el derrotismo es estigma de esclavos si se me permite dar mi opinión, ni el hecho de conocer el problema debe hacer bajar la guardia: al revés, hay que combatir por y desde la Historia bien hecha y que llegue al público para cambiar el paradigma de nuestros tiempos. En ese sentido, señaló, es positiva la proliferación de revistas digitales. Por otra parte, también comparó la situación de la historiografía española con la internacional y concluyó que así como están parejas en cuanto a su calidad sí que es notable, por no decir sobresaliente, que la historiografía española está más a la deriva por las nefastas políticas de recortes presupuestarios realizadas por gobiernos liberales o neoliberales.

El segundo día del encuentro prácticamente lo ocupamos preparando junto a nuestros susodichos colegas D. Mota, C. Trinidad y L. Cañón, el desarrollo de la mesa-taller que organizamos dedicada al estudio del terrorismo, la violencia y la memoria sobre los pasados traumáticos en el mundo contemporáneo. Propuesta que afortunadamente recibió muchos trabajos, un total de treinta, de los que lamentablemente solo pudimos aceptar veinte tras un sesudo proceso de evaluación y criba para que todos los participantes pudieran exponer brevemente su trabajo y los coordinadores pudiésemos debatir con ellos. Un sistema que generó la crítica de algún participante por considerarlo demasiado rígido y academicista, pero que en general fue determinado por el poco tiempo que una sesión de poco más de 130 minutos da para poder tratar en igualdad de condiciones veinte trabajos de investigación. Por su parte y en tanto en cuanto los trabajos serán publicados a su debido momento, es un modo útil para mejorar las propias publicaciones de los mismos.

En general los temas tratados fueron agrupados en cuatro subtemas: el relato de la violencia y el terrorismo, la violencia política durante la II República y la Guerra Civil, la memoria sobre la Guerra Civil y la dictadura en Latinoamérica y sus relatos. Aunque los enfoques fueron amplios, destacando por incluir un punto de vista internacional en lo referente a las dictaduras latinoamericanas, generalmente la mayor parte de propuestas se vincularon el terrorismo de ETA, la violencia generada durante la Guerra Civil en ambas partes de la trinchera y los relatos que se han hecho desde la Historia y desde el arte sobre los mismos. Es decir, que se trató de estudios sobre pasados traumáticos de la historia española del siglo XX. Como coordinador de los trabajos referidos a la cronología del primer tercio de la centuria, lo cierto es que tengo que resaltar los estudios de R. García sobre la conspiración golpista de 1936 en Santiago de Compostela, de F. Jiménez sobre la violencia revolucionaria en el Madrid de la guerra civil y su estudio de caso de los comités vallecanos entre julio y diciembre de 1936, de H. Ryszard y su estudio de caso zaragozano para estudiar la guerrilla urbana anarquista de los años 30, y el trabajo de C. López dedicado a estudiar la violencia cotidiana en la retaguardia de la guerra civil española de 1936. En general se trata de fecundas líneas de investigación ya que demuestra que todavía desde un marco local y regional se puede aumentar el conocimiento que se tiene de un tema bastante manido en cuanto a sus síntesis, donde se conjuga el propio trabajo empírico y de campo con la conceptualización de términos históricos relacionados con la violencia, el terrorismo, la guerrilla urbana y la represión. Demostrando un soberbio manejo de fuentes, bibliografía, historiografía y teoría de la Historia, sus líneas de investigación permiten poner orden en donde muchas veces, en

tanto en cuanto son temas sensibles de tratarse como puro espectáculo y que se usan como arma ideológica en la política profesional, solo hay interpretaciones subjetivas amplificadas por diferentes medios de comunicación con intereses más doctrinales y propagandísticos que científicos.

Los encuentros se cerraron con un broche de lujo, la celebración de una mesa redonda donde de nuevo los historiadores veteranos tomaron la palabra. En este caso Justo Serna, María Rosón y Mónica Zgustova disertaron en torno al tema que ilustraba su participación: «Divulgación, transferencia y sus públicos de la historia». Entre otros asuntos se debatió y reflexionó en voz alta sobre cual es y cuál debería ser el papel de la historia en la sociedad, las herramientas de transmisión del conocimiento histórico en la actualidad y las resistencias y reticencias que muchas veces se encuentran dentro de la Academia para salir de la torre de marfil. No podemos dar más cuenta del resultado de tan interesante mesa ni ser más detallistas debido al típico conflicto entre capital y trabajo que nos obligó a abandonar Granada antes de la clausura del encuentro, y tuvimos que regresar con cierta urgencia hasta nuestro puesto de trabajo. En ese sentido, vivimos en unos tiempos tan absurdos en los que participar activamente en congresos científicos no se considera muchas veces como tiempo de producción. De hecho no es raro que se trate de un esfuerzo extraordinario que los historiadores hacemos por devoción y compromiso, pagando de nuestro salario el total de los gastos que desplazamiento, alojamiento y dietas genera. Un hecho que también desanima a otros colegas a participar en este tipo de encuentros.

Llegando al final de nuestro relato, podemos concluir que se trató de un encuentro de jóvenes y no tan jóvenes historiadores e historiadoras muy positivo. Y no solo

porque Granada sea una magnífica ciudad, un crisol de culturas, y sus calles, rincones y barrios altos sean de lo más pintoresco y estén repletos de magia, historia y belleza. Sino porque quedó claro que mediante el esfuerzo y la dedicación plena por la investigación es como realmente podemos profundizar en el estudio del pasado, problematizarlo, reflexionar y aportar matices que deriven en una mejor comprensión del mismo. Aún así, es posible que la madurez intelectual de los profesionales que llevan más tiempo dedicados a la investigación histórica sea un grado insalvable por quienes vengan, cronológicamente, por detrás. Sin embargo este tipo de eventos dejan claro que hay cantera y por tanto hay futuro para rato en lo que a la investigación de la historia contemporánea se refiere. Siempre y cuando las políticas públicas realicen su parte del «trato social» y dejen de mermar los presupuestos de la investigación científica en general y los estudios de Historia en particular.

Los jóvenes investigadores fueron los protagonistas absolutos del encuentro y en todos los casos que conocimos se demostró estar a la altura de los veteranos, si bien es absolutamente imprescindible contar con historiadores e historiadoras con trayectorias consolidadas en este tipo de encuentros de cara a intercambiar impresiones y matizar algunos aspectos. A veces se leen o escuchan discursos radicalmente anti-académicos que se agotan en sí mismos y no tienen mayor interés que el puramente estético. Ahora bien, como se comentó en tertulias improvisadas que surgieron en los descansos no es fácil para quien no sea una persona reconocida en su ámbito de estudio ser tomado en serio, como un igual, por parte de la comunidad académica, y muchas veces los jóvenes investigadores tienen que redoblar sus esfuerzos para que su trabajo cale en los trabajos de autores y au-

toras veteranos. Pero no por ello debemos olvidar que todos los autores y autoras que cuentan con prestigio intelectual fueron un día jóvenes desconocidos que se han ido labrando su trayectoria. A pesar de los obstáculos, muchas veces ajenos a la propia idiosincrasia del oficio, parece que los jóvenes investigadores van logrando desarrollar sus estudios y complementar los huecos que hay en el inabarcable campo historiográfico. En otro orden de cosas, sería bueno que en futuros encuentros se llevase a una mesa de debate el propio análisis de las condiciones sociolaborales de los jóvenes y no tan jóvenes investigadores, pues suelen ser temas que surgen improvisadamente en conversaciones colectivas privadas pero que luego no ocupan muchos momentos en las mesas redondas ni se plantea como mesa-taller. Así como quedó patente la brecha

existente entre el público y la academia, no es asunto menor la dificultad que existe para poder dedicarse profesionalmente al estudio de la Historia.

Terminamos estas líneas agradeciendo a la organización el trato recibido, a la Universidad de Granada su buena acogida, a los participantes su masiva asistencia y buen hacer, y a David, Carlos, Lisandro, Víctor, Antonio, Miguel y tantos otros colegas con quienes tuvimos el placer de convivir y charlar durante el VII Encuentro Internacional de Jóvenes Investigadoras e Investigadores en Historia Contemporánea, su siempre interesante diálogo. Sin olvidar recordar a los lectores de esta reseña que las actas del encuentro serán publicadas digitalmente en una obra colectiva, y que allí podrán consultar todos aquellos trabajos que sean de su interés.